

LA BROMA.

Año I.

Periódico satírico y mordiente;
Saeta para sabios y estadistas;
Moscardón para malos publicistas,
Terror y espanto de la mala gente.

Lima, Marzo 23 de 1878.

Publicacion que sale puntualmente,
Con mas exactitud que usan los gringos,
Los sábados... ó hablando claramente....
Las vísperas de todos los domingos.

Num. 23

Ropa vieja.

El obispo chi cheño.

(TRADICION).

Lima, como todos los pueblos de la tierra, ha tenido (y tiene) un buen surtido de tipos extravagantes, locos mansos y *cándidos*. A esta categoría pertenecieron, en los tiempos de la república, Bernardito, Basilio Yeguas, Manongo Moñon, Bofetada del diablo, Saldamando, Cogoy, el Príncipe, Adefecios en misa de una, Felipe la cochina, y pongo punto por no hacer interminable la nomenclatura.

Por los años de 1780 comía pan en esta ciudad de los Reyes un bendito de Dios, á quien pusieron en la pila bautismal el nombre de Ramon. Era éste un pobrete de solemnidad, mantenido por la caridad pública, y el hazme-reir de muchachos y gente ociosa. Hombre de pocas palabras, pues para complemento de desdicha era tartamudo, á todo contestaba un *si señor* que, al pasar por su desdentada boca, se convertía en *chi cheño*.

El pueblo llegó á olvidar que nuestro hombre se llamaba Ramoncito, y todo Lima lo conocía por *Chi cheño*, apodo que se ha generalizado despues, aplicándolo á las personas de carácter benévolo y complaciente que no tienen energía para proferir una negativa rotunda. Diariamente, y aún tratándose de ministros de Estado, oímos decir en la conversacion familiar:—¿Quién? ¿Fulano? Si ese hombre no tiene calzones! Es un *chi cheño*.

En el año que hemos apuntado llegaron á Lima, con procedencia directa de Barcelona, dos acaudalados comerciantes catalanes, trayendo un valioso cargamento. Consistía éste en sederías de Manila, paño de San Fernando, alhajas, casullas de lama y brocado, mantos para imágenes y lujosos paramentos de iglesia. Arrendaron un vasto almacén en la calle de Bodegonos, adornando una de las vidrieras con pectorales y cruces de brillantes, cálices de oro con incrustaciones de piedras preciosas, anillos, arracadas y otras prendas de rubíes, ópalos, záfiro, perlas y esmeraldas. Aquella vidriera fué pecadero de las liameñas y tenaz conflicto para el bolsillo de padres, maridos y galanes.

Ocho dias llevaba de abierto el elegante almacén, cuando tres andaluces, que vivían en Lima mas pelados que ratas de colegio, idearon la manera de apropiarse parte de las alhajas, y para ello ocurrieron al orijinalísimo espediente que voy a referir.

Despues de proveerse de un traje completo de obispo, vistieron con él á Ramoncito; y dos de ellos se plantaron sotana, solideo y sombrero de clérigos.

Acostumbraban los miembros de la Audiencia ir, á las diez de la mañana, á Palacio en coche de cuatro mulas, según lo dispuesto en una real pragmática.

El conde de Pozos Dulces, Don Melchor Ortiz Rojano, era, á la sazón, primer regente de la Audiencia, y tenía por cochero á un negro, gran devoto del aguardiente, quien, despues de dejar á su amo en Palacio, fué seducido por los andaluces, que le regalaron media pelucona á fin de que pudiese el carruaje á disposicion de ellos.

Acababan de sonar las diez, hora de almuerzo para nuestros antepasados, y las calles próximas á la Plaza mayor estaban casi solitarias, pues los comerciantes cerraban tiendas á las nueve y media y, seguidos de sus depeñientes, iban á almorzar en familia. El comercio se reabría á las once.

Los catalanes de Bodegonos se hacían llevar con un criado el desayuno á la trastienda del almacén, é iban ya á sentarse á la mesa, cuando un lujoso carruaje se detuvo á la puerta. Un paje, de aristocrática librea, que iba á la zaga del coche, abrió la portezuela y bajó el estribo, descendiendo dos clérigos y tras ellos un obispo.

Penetraron los tres en el almacén. Los comerciantes se deshicieron en cortesías, besaron el anillo pastoral y pusieron junto al mostrador silla para su Ilustrísima. Uno de los familiares tomó la palabra y dijo:

—Su señoría el señor Obispo de Huamanga, de quien soy humilde capellan y secretario, necesita algunas alhajas para decencia de su persona y de su santa iglesia catedral y, sabiendo que todo lo que ustedes han traído de España es de última moda, ha querido darles la preferencia.

Los comerciantes hicieron, como es de práctica, la apología de sus artículos garantizando, bajo palabra de honor, que ellos no daban gato por liebre, y añadiendo que el señor Obispo no tendría que arrepentirse por la distincion con que los honraba.

—En primer lugar—continuó el secretario—necesitamos un cáliz de todo lujo para las fiestas solemnes. Su Señoría no se pára en precio, que no es ningun roñoso. ¿No es así, Ilustrisimo Señor?

—*Chi cheño*—contestó el Obispo.

Los catalanes sacaron á lucir cálices de primoroso trabajo artístico. Tras los cálices vinieron cruces y pectorales de brillantes, cadenas de oro, anillos, alhajas para la Virgen de no sé qué advocacion y regalos para las monjitas de Huamanga. La factura subió á veinticinco mil duros mal contados.

Cada prenda que escojían los familiares la enseñaban á su superior, preguntándole:

—¿Le gusta a su Señoría Ilustrisima?

—*Chi cheño*—contestaba el Obispo.

—Pues al coche.

Y el pajecito cargaba con la alhaja, á la vez que uno de los catalanes apuntaba el precio en un papel.

Llegado el momento de pagar dijo el secretario:

—Irémos por las talegas al Palacio Arzobispal,

que es donde está alojado su Señoría, y él nos esperará aquí. Cuestion de quince minutos ¿No le parece á su Señoría Ilustrisima?

—*Chi cheño*—respondió el Obispo.

Quedando en rehenes tan caracterizado personaje, los comerciantes no tuvieron ni asomo de desconfianza, amen de que aquellos no eran estos tiempos de bancos y papel-manteca en que veinticinco mil duros no hacen peso en el bolsillo.

Marchados los familiares, pensaron los comerciantes en el desayuno, y acaso por llenar fórmula de etiqueta dijo uno de ellos:

—Nos hará su Señoría Ilustrisima el honor de acompañarnos á almorzar?

—*Chi cheño*.

Los catalanes enviaron á las volandas al fámulo por algunos platos extraordinarios, y sacaron sus dos mejores botellas de vino para agasajar al príncipe de la Iglesia, que no solo les dejaba fuerte ganancia, en la compra de alhajas, sino que les aseguraba algunos centenares de indulgencias valederas en el otro mundo.

Sentáronse á almorzar y no les dejó de parecer chocante que el Obispo no echase su bendicion a pan, ni rezara siquiera en latín, ni por mas que ellos se esforzaron en hacerlo conversar pudieron arrancarle otras palabras que *chi cheño*.

El Obispo tragó como un Heliogábalo.

Y entretanto pasaron dos horas, y los familiares con las veinticinco talegas no daban acuerdo de sus personas.

—Para una cuadra que distamos, de aquí al Palacio Arzobispal, es ya mucha la tardanza—dijo, al fin, amoseado uno de los comerciantes—;Ni que hubieran ido á Roma por bulas! ¿Le parece á su Señoría que vaya á buscar á sus familiares?

—*Chi cheño*

Y, calándose el sombrero, salió el catalán desempedrando la calle.

En el Palacio Arzobispal supo que allí no había huésped mitrado, y que el Obispo de Huamanga estaba muy tranquilo en su diócesis cuidando de su rebaño.

El hombre echó á correr vociferando como un poseído, alborotóse la calle de Bodegonos, el almacén se llenó de curiosos para quienes Romancito era antiguo conocido, descubrióse el pastel y, por via de anticipo, mientras llegaban los alguaciles, la emprendieron los catalanes á mojicones con el Obispo de pega.

De ene es añadir que *Chi cheño* fué á chirón; pero que, reconocido por tonto de capirote, la justicia lo puso pronto en la calle.

En cuanto á los ladrones, hasta hoy (y ya hace un siglo) que yo sepa, no se ha tenido de ellos noticia.

RICARDO PALMA.

Chorrillos, Marzo de 1878.

Los escrúpulos de Alicarnaso

(TRADICION).

I.

No hay antiguo colejial del Convictorio de San Carlos en quien el nombre de Alicarnaso no despierte halagüenos recuerdos de los alegres, juveniles dias.

Alicarnaso!!! ¿Era esta palabra apodo ó apellido? No sabré decirlo, porque los colejiales jamás se cuidaron de averiguarlo.

Alicarnaso era un zapatero remendon que tenía establecidos sus reales en un tenducho fronterizo á la portería del colejio, tenducho que, allá por los tiempos de rectorado del ilustre Don Toribio Rodriguez de Mendoza, había sido ocupado por aquel vendedor de golosinas á quien el poeta Olmedo, colejial á la sazón, immortalizó en esta décima:

A las diez llegó Estenós,
Muy peripuesto y lijero,
Y le dijo al chinganero:
Deme usted, ño Juan de Dios,
Medio de jamon, en dos
Pedazos grandes, sin hueso;
Y no le compro á usted queso
Porque esperimento tal
Arranquitis de metal,
Que no me alcanza para eso.

Alicarnaso tenía vara alta con los carolinos. En la trastienda guardaba los tricornos y los *come-pavo*, vulgo, fraques, con que el Domingo sañían los alumnos hasta la portería, y de cuyas prendas se despojaban en la vecindad cambiándolas por el sombrero redondo y la levita.

El zapatero disfrutaba del privilegio de tener, a las horas de recreo, entrada franca al patio de *Naranjos*, al patio de *Jasmines* y al patio de *Chicos*, nombres con que desde tiempo inmemorial fueron bautizados los claustros del Convictorio. En cuanto al patio de *Machos*, ocupado por los *manteistas* y *capistas* ó esternos, era el lugar donde nuestro hombre se pasaba las horas muertas, alcanzando á aprender de memoria algunos latinajos y dos ó tres teoremas matemáticos.

Alicarnaso desempeñaba con puntualidad las comisiones que los estudiantes le daban para sus familias; los proveía, a espaldas del bedel, de frutas y vizcochos; y tal era su cariño y abnegacion por los futuros ciudadanos, que se habría dejado hacer años en defensa del buen nombre de San Carlos.

En las procesiones y fiestas oficiales á que concurrían los alumnos del Convictorio, con su rector y profesores, luciendo estos la banda azul, colmo de las aspiraciones de un jóven, era de cajón la presencia de Alicarnaso. Las tapadas pertenecientes á las feligresías del Sagrario, San Sebastian y San Marcelo, sostenían el tiroteo de agudezas y galanterías con los carolinos; y las muchachas de Santa Ana y San Lázaro militaban bajo la bandera de los fernandinos. ¡Ah tiempos aquellos! La boca se me hace agua al recordarlos. Los colejiales no formábamos *meetings* políticos, ni entrábamos en *clubs* eleccionarios, ni pretendíamos dar la ley y gobernar al gobierno. Estudiábamos, cumplíamos con el precepto por la cuaresma, y los domingos nos dábamos un hartazgo de *muchachos* ó mascadura de laná.

En muchas de las travesuras ó colejialadas de los carolinos tomó parte Alicarnaso, como simple testigo; pero al referirlas en el vecindario, dábase por actor en ellas y llenábase los carrillos dicién-

do:—Nosotros, los colejiales, somos unos diablos. El otro dia entre Pancho Moreyra, Cucho Puen-te, Pepe Aliaga, Bachito Correa, Manongo Morales, el *curcuncho* Navarrete y yo, hicimos torería y media en la huerta del Noviciado.

En lo único que jamás consiguieron los colejiales utilizar los servicios y el afecto de Alicarnaso, fué en hacerlo corre-ve-y-dile cerca de sus dulcineas. Por ningun interés divino ó humano quiso el zapatero usurpar sus funciones á Mercurio. Alicarnaso era en este punto de una moralidad á toda prueba.

Pero lo que no alcanzaron los colejiales, lo consiguió en tres minutos una limeña vivaracha. Ahí verán ustedes.

II.

Los estudiantes de Derecho canónico, ó sea de último año de leyes, eran conocidos con el nombre de *cónsules*, y gozaban de la prerogativa de salir á pasear los jueves, desde las tres ó cuatro de la tarde hasta las siete de la noche.

Una tarde, jueves por mas señas, presentóse en la puerta del zapatero una tapada de saya y manto que, á sospechar por el único ojo descubierto, lo recordete del brazo, las protuberancias de oriente y occidente, el velamen y el *patiteo*, debía ser una limeña de rechupete y palillo.

—Maestro, le dijo, tenga usted buenas tardes.

—Así se las dé Dios, señorita, contestó Alicarnaso inclinándose hasta dar á su cuerpo la forma de acento circunflejo.

—Maestro, continuó la tapada, tengo que hablar con un *cónsul* que vendrá luego. Tome usted cuatro pesos para cigarros y déjeme entrar en la trastienda.

Alicarnaso, que hacía mucho tiempo no veía cuatro pesos juntos, rechazó indignado las monedas y contestó:

—Niña! Niña! ¿Por quién me ha tomado usted? Para tercerías busque á Margarita la Gata, ó á Ignacia la Perjuicio ¡Pues no faltaba mas!

—No se incomode usted, maestríto. ¡Jesus! y que génio tan rasca-rabiañ había usted tenido—insistió la muchacha sin desconcertarse.—Como yo lo creía á usted amigo de Don Antonio... por eso me atreví á pedirle este servicio.

—Sí, señorita. Amigo y muy amigo soy de ese caballero.

—Pues lo disimula usted mucho, cuando se niega á que tenga con él una entrevista en la trastienda.

—Con mi alezna y mi persona soy amigo del colejial y de usted, señorita. Zapatero soy, y no conde de Alca ni marqués de Huete. Ocúpeme usted en cosas de mi profesion, y verá que la sirvo al respunte.

—Pues, maestro, zúrzame ese zapato.

Y, en un abrir y cerrar de ojos, la espiritual tapada rompió con la uña la costura de un remonono zapatico de raso blanco.

Como no era posible que Alicarnaso la dejase pisando el santo suelo, sin mas resguardo que la media de borloneillo, tuvo que darla paso libre a la trastienda.

Por supuesto que el galán se apareció con mas oportunidad que fraile llamado á refectorio.

El zapatero se puso inmediatamente á la obra, que le dió tarea para una horita, y mientras palomo y paloma disertaban probablemente sobre si la luna tiene cuernos y demas temas de que se ocupan á solas los enamorados, el buen Alicarnaso decía, entre puntada y puntada:

—En ocupándome en cosas de mi arte... nada tengo que oponer...! Conversen ellos y zurza yo, que no hay motivo de escrúpulo.

RICARDO PALMA.

Chorrillos, Marzo de 1878.

San Pi Pino.

(Conclusion).

II.

Mientras el ex-marinero llegó á descubrir la pérdida de su protector San José, veamos lo que pensaba hacer su amigo desleal.

Notaba la mujer de este que se encontraba en un estado de preocupacion y desasosiego que no le era habitual; que cuando le llevaban mulas ó burros para herrar les quería poner las herraduras en las ancas ó en el pecho; que metía los clavos sin cuidado alguno, que un dia quiso sacar el haba á un arriero que pretendía que se le hiciera esa operacion á un macho.

Lo notable era que no probaba gota de licor y su esposa llegó hasta tener celos, creyendo que el ex-marinero ocupaba el corazon de su marido y que la ausencia de aquel era lo que lo tenía tan echado á perder.

Esa especie de desasosiego iba tomando ya el carácter de monomanía. El herrador despedía oficiales y peones, *quitó el banco*, lo cual quería decir claramente que no quería herrar mas, y se llevaba horas enteras hincado delante de una alacena cuya llave, por costumbre inveterada, no había confiado jamás á alma viviente. En esa alacena tenía encerrado al Santo y, si se postraba ante él, no era para pedir perdon por el robo, sino por conseguir que el mismo Santo le perdonara el rapto.

Tantos fueron los ruegos, las súplicas y, por último, las lágrimas de la herradora, que al fin el hombre, que no tenía corazon de yunque, le abrió á su consorte el *quid* de su desasosiego. La mujer, dotada de alma grande, no vió nada de tan grave en el asunto; lejos de ello *ensanchó* á su marido y le propuso vender cuanto ántes todos los chismes del oficio, echarse á correr cortes y llegar á todo pueblo en que hubiera sal para condimentar las lágrimas.

La mujer, ha dicho un sábio, es un ángel de consuelo y en esta vez la herradora, ángel ó no ángel, no dejó feo al sábio.

Principiaban los preparativos de viaje, dando el herrador por pretexto que una tia de su mujer había muerto, teniendo el buen sentido de dejar á esta heredera universal de bienes, que mal vendidos darían una fortuna mayor que la del mas fuerte propietario de la comarca; que iba solo á realizar sus bienes para restituirse á su pais natal y establecer un sistema de herraduras eléctricas (el herrador se adelantaba á su siglo) con las cuales los cuadrúpedos *serían tan veloces* como un pájaro por el aire. La treta no estaba tan mal urdida que no sirviese para explicar el regreso á la patria con la fortuna que pudieran proporcionar las lágrimas de San José.

Hemos olvidado un detalle importante y sin el cual no sería posible comprender esta verídica historia.

Por esos dias de congoja para la herradora, á causa de la estraña conducta de su marido, llegó al pueblo un sábio naturalista que vendía

polvos, raíces y hojas para toda clase de males, y entre aquellos productos vegetales, algunos que hacían inútil el estudio de la magia de los diversos colores conocidos.

La herradora corrió á comprar algo que la hiciera adivinar lo que su esposo tenía, y como se encontraba el artículo necesario, el sábio naturalista le dió unos granos cuyo polvo en agua, vino ó cualquiera otro líquido, harían soltar al herrador la sin-hueso hasta el punto de hacer conocer no solo lo que tenía de presente, sino cuanto hubiera tenido en lo pretérito y hubiera de tener en lo futuro.

No fué necesario emplear el grano; pues como hemos visto, las caricias conyugales bastaron para procurar el desembucho.

Pues bien, apenas faltaban dos días para que el herrador y su mujer emprendieran sus peregrinaciones, cuando ¡plan! el ex-marinero cae como una bomba en la plaza del pueblo. Saber eso los expedicionarios y quedarse sin gota de sangre en el cuerpo todo fué uno. La conciencia les dió tal pellizco que no pudieron desde luego tomar ninguna resolución.

Mientras el propietario del Santo se quejaba ante las autoridades; mientras estas discutían y daban las órdenes del caso y mientras se concebían sospechas, & . & . & ., se pasó el día mas amargo que haya tenido un herrador desde que hay herraduras en el mundo.

A la media noche, el herrador salió de su casa con su mujer como quien vá de paseo á gozar de la luna; se dirijieron á un pequeño huerto de la casa parroquial y allí depositó el herrador á San José, y la herradora, á ocultas de su esposo, el paquete de granos mágicos. Esa medida precautoria tenía por objeto evitar las consecuencias de una inspeccion domiciliaria hecha por la autoridad.

Al día siguiente, no sabremos decir por qué datos ó indicios el alcalde se llegó á penetrar de que el ladrón era el herrador, y sin andarse en muchos autos ni traslados, espidió mandato para que de cabeza ó de patitas pusieran al susodicho en la cárcel, é hizo publicar un bando ofreciendo una decente gratificacion al que entregase *muerto ó vivo* al San José robado, ó diese razon de su paradero; añadiendo que «si el Santo se presentaba voluntario, no recibiría daño ni le pararía perjuicio.»

Felizmente el alguacil encargado de enjaular al herrador debía á este algunos servicios, y antes de recurrir por la fuerza armada, mandó *soplo*, con lo cual queda dicho que el hombre se puso á fojas en un *sancti-amen*.

Bueno: el ex-marino ganó su pleito, pero tuvo que derramar las lágrimas del Santo convertidas en monedas. Al fin justicia fué hecha.

El ayuntamiento declaró, por unanimidad de votos, que nadie fuga si no es criminal; desechó la excepcion de la herencia, y sentenció: que atendida la enormidad del delito, todo fiel cristiano podía estirar al herrador donde lo encontrara, aunque fuera en lugar sagrado; y para que la herradora no pudiera fugar, se le intimó la orden de presentarse tres veces al día al alguacil del barrio, só pena de lo que hubiera lugar en derecho.

Tenemos que hacer un paréntesis de cuatro años...no es nada, románticamente hablando.

El desgraciado herrador, condenado al mas triste *ostracismo*, conocia que la justicia de su pueblo, sin ser catalana, tenía la vara tiesa; y

se impuso como término de su destierro toda la vida de sus jueces y la del párroco; es decir que no pensaba regresar á sus lares mientras todos aquellos no estuvieren bajo de tierra.

Cuatro años bastaron para que esos humanitarios deseos se vieran cumplidos, quizás por las súplicas y oraciones de la desconsolada herradora, que no salia de la Iglesia rogando á Dios que cuanto ántes se llevara á sus reinos las almas de esos justos varones. Al cabo de los citados cuatro años no quedaba en *piés* sino el alcalde, y decimos, en *piés* por que ese respetable é íntegro magistrado se veía precisado á no abandonar su lecho, á consecuencia de parálisis general, teniendo ya los sentidos algo trabucados y el juicio algo desquiciado.

Los nuevos funcionarios habian dado á la herradora todo género de garantías con respecto á la vida y libertad de su consorte, y el señor Cura dió su perdón por la parte pecaminosa sujeta á su jurisdiccion eclesiástica.

Volvió, pues, el herrador á San Andrés. En su semblante se pintaban los padecimientos que habia tenido léjos de su casta esposa y de su patria.

Su primera diligencia fué ir al Huerto curial á sacar tambien de penas á San José, pero ¡oh sorpresa! no se encontró de tal Santo sino una que otra pieza de hierro; el resto habia desaparecido del todo. A corta distancia del sitio del entierro se levantaba como hasta dos metros de altura, un árbol precioso, único en el lugar y sus alrededores, desconocido de todos los botánicos del pueblo. El árbol no era como todos los hasta entónces vistos: sus ramas grandes y simétricas tenían una direccion horizontal y salian del tronco formando especies de paraguas, siendo mayores las ramas inferiores y guardando una proporcion casi matemática, en la disminucion de las ramas superiores con respecto á las inferiores.

Ese árbol habia ciertamente llamado por su belleza y rareza, la atencion del señor Cura y de los feligreses; pero se convirtió en objeto de veneracion y reverencia por la siguiente causa.

Deseando el herrador arreglar su conciencia con Dios y los hombres, solicitó que el señor cura lo oyese constituyéndose en Tribunal de Penitencia.

Allí, conrito y arrepentido, vació el cesto del cual saltó naturalmente, de entre los gordos, el pecado de robo con abuso de confianza del San José; y el comentario de cómo, habiendo sido enterrado el Santo, estaba vacío su sepulcro y, en vez de los restos materiales, se encontraba un árbol.

El cura dijo que si milagros habia, ese era uno de los mas claros y convincentes y que no habia la menor sombra de duda que ese árbol era un árbol santo, de lo cual seria fácil convencerse si, mediante limosnas y oraciones, se le podian arrancar algunos milagritos.

El herrador recibió la absolucion en buen latin y en mal castellano y quedó con la conciencia tan pura como si acabara de salir del antro materno.

El primer día feriado, despues del santo sacrificio de la misa, el cura ocupó el púlpito y previa una introduccion histórica sobre las obras de Dios, expuso: cómo el Santo patrono del pueblo se le habia aparecido á media noche en carne y hueso y le habia revelado que ese árbol precioso que se encontraba en el huerto cuyo nombre nadie conocia, era nada ménos que el árbol de San

Jose, cuya semilla sembraban los mismos ángeles con sus propias manos, en aquellos pueblos y lugares que Dios quería favorecer.

Que nada era mas fácil que convencerse de esa verdad, haciendo oracion ántes el árbol, dando limosnas para su cuidado y cultivo y haciendo algunos agazajos al sacerdote que estableciera una novena. El efecto fué mágico; de la iglesia pasó toda la feligresía al huerto; hubo salve dolorosa, *Te Deum* y letanías, y llegó á tal grado el entusiasmo religioso, que la banda de música nacional, compuesta de un bombo, dos pitos y un violin, acompañaba los cánticos sagrados.

Hubo responsos para todos los muertos en el pueblo desde su fundacion y el cura se manejó tan magnánimo, que recitó el *Ne recorderis, gratis* para los insolventes y para los menores de edad.

El día fué de fiesta completa, en la tarde hubo picantes y en la noche se iluminó el cabildo con un hachon de fragante resina.

El ayuntamiento se reunió al siguiente día para destituir al Santo Patron del pueblo y conceder el cargo al árbol de San José; y por votacion unánime fué nombrado mayordomo el herrador, cuya apología hizo el cura tomando por texto: *Nolo mortem peccatoris*.

Al cabo de poco tiempo el árbol milagroso presentaba en los días de fiesta el aspecto de un árbol de Navidad. No tenía ya bastantes ramas para soportar los ex-voto, medallas y representaciones de patitas y ombligos sobre que habian recaído los mas asombrosos milagros. Los feligreses de San Andrés hubieran dado la última gota de su inocente sangre ántes que dejar tocar su árbol venerado. El árbol mientras tanto no se manifestaba desagradecido á los cuidados de que era objeto; cada año, seis ramas nuevas aumentaban su pintoresco y poético aspecto.

Déjase entender que los feligreses de San Andrés, no poseyendo monumentos históricos ni museos que enseñar al extranjero, mostraban, con cierto orgullo, su árbol que ciertamente llamaba la atencion á los viajeros.

Entre estos se presentó un botánico español á quien, como es natural, llevarian á ver el árbol.

Para el botánico era muy conocido el vegetal y su nombre científico y vulgar; pero quiso saber si tenía algun otro en el pueblo y preguntó al cura:

—¿Oó... cómo... se... se... lla... lla... ma... es... es... te... ar... bo... bol...?

Déjase ver que el sábio era un sábio tartamudo.

El cura tenía su puntita de colegial y sabiendo que los españoles llamaban Pepe á los José contestó:

—Este árbol se llama San Pepe...

—No... no... es... es... te... te... se... se... lla... lla... ma... pi... pi... pino...

—¡San Pipino! dijeron á una voz todos los presentes.

El cura armó una discusion que casi hace reventar al tartamudo, que al fin volvió caras y no quiso gastar su ciencia con quien no lo entendía.

Sin embargo, el pueblo no dió la razon al cura y decia que un sábio, aunque fuera tartamudo, no podía equivocarse hasta confundir á un San José con un San Pipino y que era necesario adoptar una providencia sobre el particular.

Convocóse pues para un cabildo abierto y en

una sesion tempestuosa, pero en que agotaron su elocuencia los mas acreditados oradores, quedó establecido que no habiendo razon para que no existiese San Pipino en el Cielo y en España, de donde habian venido a América la mayor parte de los Santos al tiempo y despues de la conquista, no existía tampoco para que no se recibiera á ese nuevo santo con la misma generosidad y franqueza que á los demás;

Que era tanto mas necesario hacerlo así, cuanto que constaba que dicho San Pipino había dado una prueba de amor y de predileccion al pueblo viniendo á arraigarse en él sin que nadie lo hubiera llamado ni llevado, y que siendo notorio que hacía cuantos milagros de él se sollicitaban, no habia por qué someterlo á una degradacion;

Que últimamente no sabiéndose qué clase de relaciones tendría ese santo en el cielo y los males que podría hacer, caso de resentimiento, valia mas no exponerse inconsultamente á hacerle un desaire. El acuerdo fué comunicado al cura, quien aplaudió la sábia resolucion del cabildo y convino en que el árbol no se llamara de San José, sino de San Pipino.

Conviene saber que el cura no era hombre que se limpiaba los ojos con el tobillo y que si sostuvo la cuestion botánica con el sábio tartamudo, fué para evitar que los feligreses entendieran que ese árbol no tenía nada de santo y de ese modo desapareciera la rentita, no escasa, de trisagios y pláticas al pié del árbol; pero desde que vió que solo se trataba de un cambio de nombre, solia decir: «Por mi parte tanto me da que sea San Pipino ó San Pepino ¡Valientes pepinos son mis feligreses!»

MANUEL A. FUENTES.

Foro peruano.

Juicio de trigamia.

(Continuacion.)

DECLARACION DEL CAPITAN TORO ESPADA.

Conforme á la citacion
Y á la misma hora citada
Concurrió Toro y Espada
A absolver la posicion.
Y despues del juramento
Y las prácticas de estilo,
El apoderado al hilo
Lo interrogó en el momento.
Dijole si cierto no era
Que conoció en Arequipa,
(Pregunta que tiene tripa)
A Guillermina, soltera.
Preguntó con qué derecho
Lo interroga tal Señor,
Sin ser él el Provisor,
Tomando la cosa á pecho.
Puede como apoderado,
Le dijo su Señoría,
Preguntar, y que podía
Hacerlo en el tal juzgado.
Y contestó muy sereno
Que el año setenta y uno,
La conoció yendo á Puno
En comision del gobierno.
Dijo á mas, que no admitía
Preguntas con tal rodeo,
Con palabras de toreo
Que muy poco conocia.

Y que no al llamarse Toro
Aguantaba tal pasada,
Porque tambien era Espada
Sin ascendencia de moro.

A la pregunta que le hizo
Si la requirió de amores,
Contestó que á las mejores
Casi por costumbre quiso.
Dijo que la niña aquella
No fué casada con él
Sino que amasó un pastel
Por ser muchacha doncella,
Pero dijo, y francamente,
Que como á ella quiso á mil
Y en matrimonio civil
Se casó tan solamente.

Preguntado si es verdad
Que nunca tuvo otra esposa
Antes, y que la Ganosa
No lo fué en realidad,
Dijo: «esa vieja mozona
La conocí muy despues
Al derecho y al revés
Y siempre fué trapalona.»

Preguntado si no tiene
Para Guillerma deberes,
Dijo: que no, que á mujeres
Entretenerlas conviene,
Pero que nunca ha querido
Sacrificar su palmito
Pues que no valen un pito
Para llamarse marido.
Y que contesta por todas
Las preguntas que se le hagan,
Que muchas otras lo halagan
Para celebrar sus bodas,
Pero que él, no tiene pero
Para decir que ha engañado.
Y que nunca fué casado
Y engaña cómo soltero.
En vista de su imprudencia
Se santiguó el Provisor
Por las cosas del amor;
Y senté la diligencia.

ESCRITO DE LA MOQUEGUANA.

Señor Provisor:
Yo Mariquita Molina,
Metida en estos enredos
Y entre jueces, expedientes,
Y escribas y fariseos,
Con el mas grande disgusto
Ante US. me presento,
(Y ojalá fuera mentira
Que ya estoy harta de pleito,
Y me carga el Doctor Fuentes
Y Palma, Mérida y Neto
Y hasta el mismo Toro Espada
Tan Cupido y mujeriego);
Y si me presento á Usía
Es porque me fuerza hacerlo,
Que á mí me pone nerviosa
Solo el ver papel con sello.
¡Ay señor! si imaginado
Hubiera tales excesos
Y sabido que el tal Toro
Era un Toro tan vaquero,
Mi doncelléz encerrado
Hubiera dentro de un cuerno.
Pero, al fin, soy su mujer
Y..... esto no tiene remedio,
Y la sola que él confiesa
Ser legítima, que en eso

Al ménos me hace justicia
Y dá pruebas, que agradezco,
De deferencia y cariño,
Que yo las pago á buen precio;
Por eso yo no adivino,
Ni calculo, ni comprendo,
A qué viene el enredarme
En esta pendencia ó pleito,
Y ponerme con la Vaca
Y la Azul, hembras de trueno,
Y mozas de tres al cuarto
En odioso paralelo.
Soy mujer de Toro Espada,
Casada, cual manda el rezo,
Y velada en la Parroquia
De San Judas Macabeo.
Asi lo declara el mismo
De un modo claro y espreso,
Por consiguiente no hay duda,
Ni motivo, ni pretesto,
Para que yo ande metida
En tan indigno proceso.
Que en él se meta la Vaca
Y la Azul, bien lo comprendo
En jentes que solo viven
De la zambra y del jaleo;
Pero una chica modesta
(Sin vanidad lo confieso)
Tan amiga de su casa,
Y que no anda en trapicheos,
No debe sufrir la pena
De andar en estos enredos. —
Por todo lo cual suplico,
Y de Usia así lo espero,
Que me exima de las pruebas
En un asunto tan feo.
Será justicia y etcétera.
A 20 de Marzo mesmo.
Por Mariquita Molina,
Julio Jaimes el Brochero.

Otro si digo yo, que es indiscreto
Y por demás estraño,
Que ese bribon del escribano Neto
Se meta de rondon hasta mi baño.
Ayer... (me callaré, que si contára
Aunque fuese en secreto,
Subiérame el rubor hasta la cara).

Variedades.

Cosas del barrio.

Válgame Dios! Qué cosa tan archi-superabundantemente apetitosa es una vecina!

Es preciso ser vecino para poder valorar un tesoro semejante.

No se crea que cualquiera puede ser vecino ni vecina: para esto se requieren cualidades especiales.

La octogenaria doña Brígida, que vive en la acera opuesta á aquella en que está situada mi casa, apenas es la señora de enfrente. Otro tanto digo del cincunton D. Pánfilo á quien los feroces estragos de una viruela maligna le han dejado la cara como una espumadera, y que no pasa de ser «el hombre de al lado.»

Tales figuras son una especie de pleonasmos en el barrio; son como los ochos y los nueves, que en la generalidad de los casos no hacen parte de la baraja.

La vecina ideal, la verdadera vecina, es un tipo que tiene poco mas ó ménos esta filiacion:

Edad. — De quince á veinte primaveras, aún hasta treinta es permitido según la *constitucion*, no del Estado, sino de la susodicha vecina.

Estado. — Esta es una cuestion peliaguda, se ha dado casos..... Pero en fin, cortemos por lo sano: estado soltera.

Color. — Ni tan blanco que sea albino, ni el verdaderamente negro: es preferible ese colorcito perla que tanto gustaba á Byron.

Ojos. — Ah! Eso sí! Ojos; no.....aguarden ustedes.—La verdad es que hay vecinas con unos ojos de color de cielo, famosísimos; y hay otras, con unos ojazos renegridos, brillantes y húmedos; y algunas con unos claros; que.....amos: francamente no me atrevo á fallar; con tal motivo, pido el aplazamiento de esta cuestion *ojalatera*.

Nariz, boca, etc., etc., regulares.

Señal particular. — Que no se pinte.

Tal es, salvo una que otra alteracion, el legítimo tipo de esa preciosidad denominada *vecina*.

¡Ah!.....condicion *sine qua non*.—Es de todo punto indispensable, que habite en una reja ó en altos con balcón á la calle; una buena vecina tiene que *asomarse* lo ménos unas veinte mil veces al día: por la mañana, en ese completo y delicioso *negligé* que tan bien sienta á ciertas bellezas; á medio día, regularmente ataviada y por la tarde de todo tren, puesta de *punta en blanco* como se suele decir.

De donde resulta, que el vecino conoce á la vecina bajo todas sus faces. Es el único que puede apreciar los quilates á que alcanza la hermosura de aquella.

De las demás mujeres que se ven en las calles ó en las reuniones, no se puede decir lo mismo.

Esas, desde el mas insignificante pliegue del traje hasta la sonrisa, lo tienen preparado artísticamente y coquetamente para producir el efecto deseado.

La compostura representa un importantísimo papel en la vida de las mujeres; pero, sucede con frecuencia que no se atavian para agradar á los hombres, sino, sabe Dios á quien: su *toilette* es como aquel altar que levantaron los griegos á una *divinidad desconocida*.

Ellas saben por intuicion, la multitud de encantos con que las reviste la imaginacion de un hombre enamorado, y por eso se cuidan tan poco de nosotros.

Lo cierto es que los hombres somos unos grandísimos *babiecas*, nos pavoneamos muy orondos creyendonos los tiranos de las mujeres, y estas en la mayor parte de los casos, nos tienen cogidos por la punta de la nariz.

¡Con razon nos juegan tantas tunanterías!

Pero no abandonemos el tema principal.

¡Cómo debió fastidiarse Platon, si alguna vez le tentó el diablo de requebrar á alguna ateniense!

Digo esto, porque yo no conozco cosa mas insípida que el amor *platónico*, sobre todo ese que suele existir entre vecino y vecina.

Se pasan los días y las horas muertas, contemplándose de acera á acera, yo no sé como no salta la pupila en aquellas miradas profundas, inacabables que se echan el uno al otro: allá de cuando en cuando se hacen una seña de dudoso significado, y pare usted de contar.

Tengo un amigo el que tratando de mujeres dice con el poeta:

«En globo me fastidian, me empalagan;

Una á una ¡gran Dios! ¡Cuánto me halagan!»

Con esto basta y sobra, para llegar á ser en la

vida galante un camueso, como cualquier hijo de vecino.

Así es, que lo que no se le vá en lágrimas se le vá en suspiros: detesta á las faldas en colectividad, pero *una á una* es capaz de llegar á enamorarse perdidamente hasta de un figurin de tienda de modista.

Es sumamente curiosa la manera como ha terminado su *última pasion*, como él la llama.

Frente por frente de su balcon (mi amigo mora en el último piso, ó en el primero si se entra por el tejado, de un hotel muy concurrido), vivía una chiquilla linda, vivaz y coquetuela como pocas.

Con esto queda dicho, que mi amigo estaba atroz, desafortadamente enamorado de la vecina. Señas iban y señas venían de un balcon al otro; estaban ya agotados todos los recursos de la mímica, por consiguiente mi hombre creyó que habia llegado el momento de una entrevista.

¿Cómo realizarla? ¿Haciéndose presentar á la familia? Esto y pedir peras al olmo, era lo mismo. ¿Escribirle? ¿De qué manera, por qué conducto? Mi amigo, cojía el cielo con las manos de puro desesperado.

De pronto se sintió iluminado por una inspiracion celestial, acababa de ocurrirsele la manera de desatar aquel nudo gordiano: dentro de un minuto la dueña de sus pensamientos sabría la hora y el sitio para la tan anhelada cita.

Cojió un gran trozo de carton y escribió en gruesos caracteres lo siguiente, que podría haber sido leído á una milla de distancia:

Te amo! Esta noche á las tres de la mañana..... la puerta..

Después de colocar el cartel en uno de los extremos del cuarto y contemplarlo de todos lados, quedó satisfecho de su obra y púsose en acecho aguardando que apareciere el ángel de sus ensueños.

No tuvo que esperar mucho por cierto; la vecina se presentó al cabo de un rato; miró hácia donde se encontraba el jóven é hizo una seña á la que éste contestó sin mas ni mas, desenvainando el consabido cartelon y colocándose á la altura de la frente y *vis á vis* de la chica.

Nuestro hombre no podia ver el efecto que producía la lectura de aquella colosal misiva, pues estaba colocado detras del carton; pero de pronto oyó algo semejante al *aspero rujir de hambrienta fiera*, sacó vivamente la cabeza para ver lo que pasaba... ¿Y? ... la pluma se resiste á describir tan tremendo suceso!

¡¡Infortunado malcon!!

Allí en aquel balcon donde un segundo antes habia contemplado á su amada radiante de gracia, de ternura y de encanto, estaba ahora un ser tétrico, sombrío, amenazante, el cual apenas descubrió al jóven, le mostró airado un par de puños cada uno del calibre de una bala de treinta y seis, y desapareció del balcon.

Nuestro héroe comprendió todo el terrible significado de aquella amenaza.

—No hay mas, pensó: si me pillan el papá, me descuartiza, ¡huyamos! y se echó escaleras á bajo como alma que lleva Judas.

Dicho y hecho: si el doncel no hubiese andado listo, cae en las garras del tigre y muere estrangulado, pues no fué otra la intencion con que penetró en casa de aquel el hombre del balcon.

Epilogo. — La niña y el papá han desaparecido;

quien dé razon de su paradero pagará daños y perjuicios á mi amigo.

BENITO NETO.

Diversos pareceres sobre una sola mentira.

Digo que la belleza,
(Hablo de la belleza femenina),
Es hilo con mil cabos
De donde cada quisque el suyo tira.

La esbelta circasiana,
Que es el *non plus* de la belleza misma,
A un mandarin chinesco
Ni le causa ilusion ni amor le inspira;

Y en tanto se recrea
Y absorto sigue, sin perder de vista,
Unos sesgados ojos
En cara prominente y amarilla.

Es bella para el lujo
De Caucasia, Abomey y de Melinda,
La boca que es hocico,
El pelo lana y la color cetrina.

Y es la misma hermosura
Para los hombres que la Java anida,
La cabeza deforme
Que al melon en lo largo mas imita.

Entre nosotros mismos
De opuestos modos la beldad se mira,
Y á este le gustan blancas
Mientras aquel por las morenas trina.

Juan la belleza encuentra
En los azules ojos de Belisa,
Mientras el buen Ruperto
Solo en los negros de Jesus se inspira.

No pocos hay que gustan
De los verdes y garzos que á porfia
Compiten en belleza
Con aquellos color de granadilla.

La robusta manchega
Que hunde la tierra do su planta pisa,
Que tiene cada cuarto
Que á un toro de Bujama diera envidia,

Es gloria del manchego
Que en lo abundoso la belleza mira,
Como gusta el coruño
Solo del bacalao y la sardina.

Pierde Juan la chaveta
Por la picante sal de la chiquita,
Y Pedro no halla gracia
Si no es de cuatro cuartas para arriba.

Lo cual prueba en resumen,
Que todo es como el prisma do se mira,
Y que la tal belleza
Es pacto *ad referendum*: gran mentira.

JULIO L. JAIMES.

¿Cómo se descubrió el café?

Me contaron ó leí, no sé dónde ni cuándo, una anecdota bastante curiosa acerca del descubrimiento del café. Las fechas y los lugares se me han escapado tambien. Así es que, si se la cuen-

to á ustedes, habrán de perdonar si no doy todos los detalles que son necesarios para que tenga visos de historia lo que han estimado como cuento algunos naturalistas y no pocos historiadores. Como quiera que sea, allá va lo que sé y... quien dá lo que puede, no está obligado á mas.

Fijáremos como fecha..... la que ustedes quieran, la mas remota posible: y como teatro de los acontecimientos, alguna comarca del Oriente, de donde es oriundo el café y de donde lo llevaron á Europa, en el siglo XVI, si no miente un amigo mio, que, cada vez que toma café, me endilga la historia de este brevaque que, segun unos, mata, aunque lentamente, y segun otros, *dá fuerza al hombre y fuego á la mujer*, como dice Robinson refiriéndose al Jerez.

I.

Pues señor: es el cuento que allá en la Armenia (elegiremos esos lugares) dicen que hubo un convento, cosa que nada tiene de particular, porque por esos barrios fuéron en un tiempo muy aficionados á la vida monástica. En el susodicho convento, habia, como es natural, un Prior que era, nó un hombre sino una sopa,—tanta era la paciencia y tolerancia que tenia el buen señor para con sus subordinados. Y es que los monges saben donde les aprieta el calzado, y por lo mismo eligen sus superiores con todas las condiciones necesarias para que no los apriete por donde no sea del caso.

Una de las mortificaciones mas grandes que tenia el Padre Prior, consistia en que, en los oficios y demás distribuciones religiosas, los monges bostezaban á cada paso, y lo que es mas, se dormían hasta el punto que, al finalizar la distribucion, mas de uno roncaba como un sargento Liron, y aún habia quien soñaba á gritos. Esa conducta, nada propia de aquellos séres que habian abrazado la vida monástica, tenia al Superior melancólico y compungido; creia el justo varon que un dia ú otro, la cólera Divina tenia que mandar al monasterio alguna gran calamidad en castigo de tanta somnolencia y de tan poca reverencia. Ni las amonestaciones del Prior, ni las penitencias que imponia á sus Padres, llegaban á remediar el mal. Los medios de otro género nada hacían tampoco. ¿Qué no idearía el buen señor por evitar ese abuso de sueño y esa abstinencia de rezo? Quiso hacerlos rezar siempre de pié, y hubo monge que se durmió verticalmente, y así como hubo quien se cayera al suelo rendido por la fatiga de tanto soñar de pié. Quiso disminuir el tiempo de cada distribucion, aumentando al dia el número de ellas, y hubo Padre que desde la primera hasta la última distribucion, no se movió de la capilla, haciendo un solo y prolongado sueño, salvo que lo interrumpiera la campana del refectorio, que, como era tan sonora, los despertaba siempre y los hacia volver á mejor camino.

II.

Tenia perdida el Prior toda esperanza. Ya no le quedaba nada por hacer, y lo peor del caso era que él mismo temia contagiarse, pues, en mas de una ocasion, al verse solo en los oficios, á pesar de la presencia de sus compañeros, dos ó tres prolongados bostezos que sin sentir se le salian, le hacían prever que no tardaría el sueño en invadirlo.

Una tarde, en que nuestro infeliz Superior paseaba por el campo, entregado á sus meditaciones, vió venir por las inmediaciones de su conven-

to, gran número de cabras y de chivos con su respectivo pastor. Por mas esfuerzos que éste hacia para llevarse á los animalitos léjos de un sitio cubierto de unos arbolillos muy pintorescos, cuyas hojas verdes y relucientes les daban un lindo aspecto, y cuyas flores despedían un perfume encantador, los dichos animalitos se acercaban á todo trance á ese sitio y el pobre pastor tuvo que ceder. Apénas llegaron allí las cabras con sus chivos, se lanzaron aunque moderadamente, sobre los susodichos arbolitos, y empezaron á regalarse con sus frutos que eran unos granos bastante pequeños, rojos los unos, medio carmelos los otros. El pobre pastor, triste y abatido, contemplaba esa escena, y parecia resignarse á una gran desgracia.

Admirado el Prior de esta circunstancia, interpeló al pastor acerca de la causa de su tristeza, y este, partiendo á llorar, le dijo:

—Padre mio, figúrese usted que, para llevar estos vichos al redil, necesito indispensablemente pasar por aquí, y en cuanto estoy á diez ó doce cuadras de este sitio, los animales á todo trance, y sin que nadie pueda contenerlos, se dirijen hácia acá y no se mueven hasta que no han comido algunos granos de esos arbolillos.

—¿Y eso te aflige? Si ese grano es inofensivo ¿qué mal hay en ello?

—Justamente, Padre mio, porque no es inofensivo me entristezco. Ese grano no mata á mis animales; pero, en cuanto lo han comido, se alborotan de tal modo, saltan y brincan aún mas de lo que en ellos es natural, y me llevan todo el camino mortificado, sin contar con que en el redil mismo, no duermen hasta que no pasan los efectos de ese fruto desconocido, y me arman un alboroto que no es para contado.

—Y tú, hermano, ¿no has probado ese grano? preguntó el padre Prior, que ya tenia su entripado.

—Una sola vez; pero á mí no me hizo el mismo efecto. Lo único que me desagradó fué que, en toda la noche, no dormí.

El pastor se interrumpió, para añadir despues:

—Vea usted, Padre, ya se han saciado los animales, vea usted el efecto que les produce ese alimento que tanto les gusta.

En efecto, el Prior vió que los animales empezaron á triscar y á saltar de un modo inusitado. Eran tales las cornadas y las topadas que entre ellos se daban; tal el baile que se habia armado, que el Prior, si bien no pudo contener la risa, no dejaba de compadecer al pobre pastor que debia conducir los animales á su destino.

III.

Semejante espectáculo dió margen al Venerable Prior, para establecer la diferencia que existia entre su rebaño y el que acababa de ver; y hubo un momento en que descaba que todos sus frailes se volvieran chivatos, aún cuando no fuera sino á la hora de rezar. Lo único que lo asustaba en la metamorfosis eran los cuernos, emblema del Rey de los infiernos, y la barbicha, prohibida por los estatutos de su órden.

Convencido de que no podía tornarlos en animales, y de que tendria sérios inconvenientes ser Prior de un Convento de cabras y chivatos, abandonó sus quiméricas ilusiones; pero no sin decidirse á experimentar en sus religiosos el efecto del fruto consabido. Pensó, recordando las palabras del pastor, que sería bueno administrar á

los RR. Padres una dosis de ese vegetal, y que así no se dormirían en los oficios.

El Prior recogió cuanto grano pudo, prefiriendo los maduros, y emprendió la marcha á su Convento, muy decidido á hacer el experimento en la misma tarde.

IV.

Cuando llegó á su celda, reflexionó en el modo de administrar el remedio á sus conventuales. Comprendiendo que era difícil que estos se decidieran á comer el grano tal cual se hallaba, no porque carecieran de buenos dientes y de mejor estómago, sino porque podían darse por injuriados de que se les tomase por patos ó gallinas, ideó el buen Señor quitar la cáscara al grano y tostarlo y molerlo y darlo despues á beber en infusion, en agua hervida y muy caliente.

Así se hizo, y en la comida obsequió á los Padres con ese agasajo. La bebida fué muy del agrado de todos y hubo fraile que repitió varias veces la racion. El Prior á nadie negó cuanto el gusto le pedía tomar y ahí estuvo su desgracia.

El efecto de esa bebida debió ser terrible en los religiosos, tanto por ser la primera vez que la usaban, cuanto porque la habian tomado con un exceso digno de mejor suerte.

V.

Reunidos los Conventuales en la capilla, despues de la comida, empezaron los oficios de la tarde. ¡Oh! ¡Gozo inefable para el Prior! los Padres no se dormían ya; por el contrario, sus ojos estaban abiertos y brillantes. Pero tambien ¡qué desgracia! ¡qué inmenso pesar! Ningun padre estaba quieto.

Saltaban y brincaban en su asiento, como si estuvieran sobre almohadillas llenas de agujas; se rascaban y se arañaban por encima y por debajo de los hábitos, como si todas las pulgas y demás bichos de los hoteles de Lima hubiesen ido á alojarse en el cuerpo de los justos varones. Monge habia tan agitado y tan cambiado que parecia borracho. Unos reían estrepitosamente; otros gritaban; estos hacían mil contorsiones; aquellos se ponian á temblar. ¡Cuadro animado y curioso! Hubiérase dicho que era un hospicio de locos, ó una reunion de clubs eleccionarios, ó una completa exhibicion de enfermedades nerviosas. ¡Tan raras y extraordinarias eran las cosas que allí se vieron!

Uno de los Monges, que habria sido tenor de zarzuela, empezó á cantar la Jota del Postillon de la Rioja; otro que habia sido bolero, empezó á bailar un zapateado que hasta Vadillo se hubiera muerto de envidia. Un tercero, que habia sido candidato de la Argolla, se ponía á disertar sobre la legalidad de la mesa de Santa-Teresa; y otro, en fin, porque sería cuento de nunca acabar, que, en sus buenos tiempos, habia sido peluquero en Paris, echó un pasito de can-can que hasta al respetable Prior se le movían las piernas sin sentir.

Íntil es decir que acabaron los oficios, y que el Padre Superior quedó poco satisfecho de su obra.

VI.

Sin embargo, siendo como era un hombre de seso y reflexivo, comprendió que todo se podia arreglar, cercenando la racion de aquella bebida, y que á la larga, sus efectos no serian tan desas-

trosos, aumentando la dosis gradualmente y solo en la cantidad necesaria para mantener á los Padres despiertos.

Los religiosos, por su parte, se hallaban avergonzados del zamaracatuqui que habian armado, y hasta cierto punto se hallaban tambien decididos á no aprovechar mas el obsequio del Prior. Esto no obstante, como la naturaleza humana es la misma en los religiosos y en los legos, ninguno desdeñó en lo sucesivo su tacita de aquel sabroso néctar. El Prior llegó, pues, á conseguir su objeto. Por mucho tiempo, el granito de las cabras, mantuvo despiertos á los monges en sus oficios y rezos.

Pero todo tiene su término en este mundo; y los saludables efectos de la bebida dejaron tambien de hacerse sentir, cuando, por el uso constante de ella, se hicieron *impermeables* los Religiosos. Verdad es que el Prior del descubrimiento habia ya dejado de ser Prior, y vuelto á ser un simple monge, que se dormia con la misma facilidad de los demás. Lo que sí es lícito asegurar es que del Asia llevaron el café á Europa, y que los Holandeses y los Franceses lo llevaron despues á sus posesiones de las Antillas, en donde lo cultivaron y lo siguen cultivando. Tambien se puede asegurar que hace falta á cada paso en nuestra tierra algun descubrimiento como el del Prior, en algunos Conventos y en los Tribunales de justicia, y...iba decir en los Congresos, cuando en estos lo que realmente haría falta sería algun narcótico para muchos Diputados que, por demasiado despiertos, nos tienen divertidos.

M. AURELIO FUENTES.

El barbero.

Desde que Dios puso pelos en rostro de varon, y el hombre dió en corregir é innovar y presentar su cara, no completamente como debía ser, sino como él quiere que sea, tuvo que entrar en oficio la inmortal profesion del barbero.

En Lima, ciudad tardía para la reforma, gozó por mucho tiempo de tranquilidad como de pesetas, el que se entregó á este oficio de corta pelo y rapa-barbas, pero hoy, ¡progreso maldito! que hace chillar á medio mundo, ha hecho que venga en quejas contra el uso moderno, si no el Decano, uno de los mas antiguos barberos; y así dice Don Crispulo: de qué me ha valido embutirme en el cráneo los secretos de la Flebotomia y la práctica de mi oficio, si hoy las barberías están asoladas, si un francés pataratero con su navaja de cascabel y su repiquete de tijera, se lleva la clientela, si ya no se busca al barbero para sangrar, ni para poner ventosas, ni para colocar sanguijuelas, ni para curar los cáusticos, que ya esto ha formado una profesion separada y se ha elevado á la categoría de un diploma. Si los malditos quiropedistas se cojen un pié y le sacan mas raíces que á un malvo, y cada ojo de gallo le cuesta al prójimo mas que uno de la cara, y si este por su parte se entrega voluntario al charlatan, ¿cómo es que puede progresar la ciencia de la barbería desmembrándola cada empírico por su parte?

¡Sacar muelas! uno de los ramos mas lucrativos que tenía el barbero, en un país en el que hay gente de tantas muelas, hoy es un oficio separado, hoy un cirujano dentista con cada muela que le arranca al prójimo le arranca de

cada bolsillo un billete. Antes no se orificaba, ántes no se montada en jebe, pero hoy cada orificacion orifica la caja del orificador, hoy le montan á usted en jebe una dentadura; pero se hacen elástica la capellanía de la boca que puede usted echar en su presupuesto una partida para gastos de dientes. Oh! tiempo del elixir y de los polvos! exclamaba Don Crispulo, qué contrarios son con mis ideas: ménos pomadas y se conservará mejor el pelo, ménos tónicos y no se verá usted en la calva como en un espejo. Así como desde que hay compañías de seguros contra incendios, nadie está seguro de ellos, así desde que hay buenos dentistas nadie tiene seguros los dientes.

No he conocido mejor pomada que el uso de la naranja ágría y el jugo de la penca, ni mejores polvos para conservar los dientes, que el carbon cernido.

Hoy todo es una invencion, cada barbería es una botica, y cada hombre un muñeco. Allí cojen á un prójimo, lo desnudan, le ponen un largo camison, babador, trapito al sillón, charretera para limpiar la navaja, proceden á jabonarlo, le dan dos pasadas en abreviatura y no lo descañonan ni lo pulen como incumbe á la profesion. ¿Cómo puede sacarse el cañon ni afeitarse bien las cavidades del rostro, si no se hace el huesillo y el buche de aire? Todos son polvos y pasadas superficiales, luego con dos escobillas una en cada mano y echándole el pelo ya adelante, ya atras, se dilata esta operacion por mas de media hora y ya en gotas y pomadas y bucles y crespecitos se gasta un tiempo precioso que podía ser mejor empleado.

Ya están casi desiertas las barberías antiguas, ellas con sus sillones de baqueta, su botija y su jarro, su piedra de amolar y sus tradicionales aparatos, solo esperan despojar de las cerdas á un doméstico puneño, ó del sobrante del crepe á un mulatillo del país.

Ya la barbería no es el centro político de los acontecimientos y de los sucesos de importancia.

Ya el barbero ha perdido toda la fé que tenía en sus noticias, que eran como leídas en la "Gaceta," desde que á ellas no asiste ni el miembro del cabildo eclesiástico á hacerse la barba y corona por un real, ni á patejarse la pera y recortarse el bigote un influyente militar, ni el barbi-corto colegial concurre á despelusarse. Nada, la barbería ha perdido su prestigio antiguo, no concurriendo á ella personas de rango. Se ha degradado el barbero.

El progreso ha desmembrado por completo esta profesion, se ha subdividido. El dentista le ha quitado una parte integrante y quizás la mas lucrativa, el quiropedista ha sacado los piés de la barbería para trasladarlos á un gabinete especial, los médicos ponen cáusticos, ventosas, sangran y no dejan al barbero que ejerza una parte de su oficio. ¿Que le queda pues? Cortar el pelo y rapar la barba, pero los malditos peluqueros que no ponen barbería sino *Salon* han quitado á éstos todos los recursos de su lucrativa profesion.

Es justo que se queje Don Crispulo, es justo que al cabezear en la puerta de su establecimiento lllore sus años perdidos y lamente la degradacion á que han llegado sus facultades profesionales.

Si no hubiera tijeras que afilar y navajas que asentar, el barbero del país se quedaría únicamente para hacer cabelleras de santos y casquetes de viejos. Pero hoy el barbero es el recurso

de los cronistas; él proporciona datos sobre la historia contemporánea y á trueque de una peseta consigue su buen amigo andar cari-limpio y tener motivo para algun suelto de crónica.

V. MERIDA.

Kaleidoscopio.

Los médicos chinos.

Cada médico chino,
Carísimo lector, está mohino,
Porque el Ayuntamiento,
Sin ver la ciencia infusa
De esa jente portento,
Hoy el medio no escusa
De despojarla de su ciencia y arte.
¿Y se irá con la música á otra parte?
Muchísimo lo dudo.

El galeno chinesco

Que ha sabido ganar mas de un escudo,
Continuará, muy fresco,
Entre gallos silencio y media noche,
Curando á *troche moche*,
Si curacion se llama
Aligerar la carga al que está en cama,
Haciéndole sudar al mas pobrete
Por los poros el último billete.

La fachada.

A la verdad me aterro
Y ya en mi rostro mis temores pinto:
Muy pronto hemos de ver al mismo perro
Con un collar distinto.

Esta no es cosa rara
Ni me crean un rucio;
Porque á palacio lavarán la cara
Y todo lo demás le queda sucio.

Aguas gaseosas y medicinales.

EN EL ALBUM DE HERMINIA.

El amor es un poema,
De su magnífico tema
Cada recuerdo es un canto
Que causa delicia estrema
Unas veces y otras llanto.

Siendo poeta diría
Tan sublime desatino,
Pero no tengo armonía
Y en prosa á la idolatría
De este modo la defino.

No lo crean bufonada,
Como dos y ocho son diez,
El amor es *limonada*
Porque tiene aún cuando agrada
Agrío con dulce á la vez.

Niña, si te invade el alma
Un amorcillo casual,
Mas que á toro con enjalma,
Témele, huye y sin calma
Metete á la catedral.

Pero si cedes, acaso,
Si tu tierno corazon
No es en efectos escaso,
Halla, al apurar el vaso,
Mas azúcar que limon.

Casi todas las hermosas,
Bien sean cortas ó largas,

Tomaron por amorosas,
No limonadas gaseosas
Sino las gotas amargas.

Panegirico.

En estilo liso y llano
Francamente, yo deploro
Que predique un padre *Moro*
A este pueblo *tan cristiano*.

Si ese presbítero surca
De la religion el mar,
Sin duda, podrá salvar
A todo el que tenga *turca*.

Los vocales.

Estoy cierto, no barrunto
Y hasta juro por mi honor,
Que la Corte Superior
Ha prescindido *del punto*.

Pero hallo delicia extrema,
Siento infinita alegría
Porque, pues, ¿quien lo creería?
Tiene *punto* la Suprema!

Comedia.

La orquesta no desafina,
Levantado está el telon,
Es el proscenio la China;
¡Brava *representacion!*

La Normal.

El país que se conforma
Con lo que de farsa peca
Halla del botin la horma
¡Y las monjas dán *la Norma*
Con las de paga y de béca!

Contradiccion.

¡Cómo diablos se alborota!
¡Cómo diántres pierde el tino!
Y su paciencia se agota
Si se llama *¡Tranquilino!*

Trocantina.

Aprendiendo la doctrina
El niño Juan Carrocela,
El mas torpe de la escuela,
¡Ocurrencia peregrina!

Confunde los siete vicios
Con otras tantas virtudes
Y así, entre inexactitudes,
O mejor dicho, estrupicios,

De voz en cuello articula,
Con mucha serenidad
Y muy sério:—Contra gula,
Contra gula.....castidad.

De su preceptor la furia
Importa al niño un ardite,
Y despues contra lujuria
Longaminidad—repite.

A. V.

Amor y pobreza.

I.

Amor, dime quien te dijo
Que tú entre ricos vivieras,
Que ya no quieres humilde
Habitar con la pobreza;
Y cuando alguno te llama
Te haces el sordo, y lo dejas
Al que incauto te procura,

Con cuatro palmos de lengua.
Todo mortal desconfía
De cifrar en tí su empresa,
Pues á lo mejor resulta
Que se encuentran tres sin ella,
Sabiendo que ese negocio
No ha de tener competencia,
Y amor se lo lleva el diablo
Porque es amor con pobreza.

II.

Ayer la tonta de Juana
Se creyó muy satisfecha,
Porque halló un novio, y le vino
Como á la boca una pera;
Pero el demonio de Luisa,
Baqueana en estas materias,
Le pronosticó su suerte
Y así le dijo: ese novio
Que hoy ves entrar por la puerta,
Te se irá por la ventana
Porque tu jaula es estrecha;
Él te verá *el no se qué*
Cuando tu libro comprenda,
Libro en que te sobra el *debe*
Y el *haber* no tiene fecha,
Que en un balance sencillo
De mútua correspondencia,
Arrastrarás *saldo y saldo*
Y se aumentará la cuenta.
Amor requiere constancia,
Constancia es fé verdadera,
Y fé y constancia no caben
En casa donde hay pobreza.

Médico chino.

Despues de tanto curarse
Con muchos facultativos
Vino á dar Don Pentecostes
En un pensamiento fijo;
Si mi mal no tiene cura,
Dicen, que exclamó aburrido,
No hay mas que entregar mi cuerpo
A un profesor macaquístico;
Se fué mi hombre á la botica,
Entró, se sentó y le dijo:
Vengo para que me cures
Tú, que en esto eres eximio:
Tomóle el pulso el asiático,
Y echóle flores el chino:
Tú mucho amo pa mujele,
Tú mucho sangre poolio;
Tú mucho boca pala ellas
Ella mucho ojo al bosio,
Tú no saná, si no viene
Á asefe culá conmigo.
Don Pentecostes quedó,
Absorto y mas confundido;
Pues no comprendia el pobre,
Cómo por el pulso mismo,
Conoció sus estravíos
Y sus amores malditos.
Se sopló cuatro botellas
De uno que creyó ser líquido,
Pero que al echarlo al vaso
Resultaba el especifico
Una masa, tan compacta
Despegada con cuchillo.
Pentecostes sigue bien
No llegó á errar su camino,
Se ha curado para siempre
Tras los ladrillos de un nicho.

Datos.

¿Tú no has visto, lector mío,
De un cronista la cartera?
No te has fijado sin duda
En una mesa revuelta,
En la canasta de un sastre,
De una vieja en la talega:
Pues es peor que todo eso,
Cosa es que no desenreda,
Ni la mano mas prolija
Ni la mas grande paciencia;
Voy á copiarte una hoja
Escrita al pié de la letra,
Con todos los datos varios,
Y de distintas materias,
Que deben formar del día
Una crónica completa.

- 1—El amor tiene sus riesgos.
 - 2—Lo del ministro de Hacienda.
 - 3—Es malo el vino Cabello.
 - 4—A cinco venden las velas.
 - 5—En la calle Yaparí.
 - 6—Don Tadeo tiene yegua.
 - 7—Le robaron las camisas
 - 8—Y unos paquetes de medias.
 - 9—El ministro dió el decreto.
 - 10—Ayer se golpeó la suegra.
 - 11—La curacion de riñones.
 - 12—Al ministro de la Guerra.
 - 13—El tenor bien, en «Traviata».
 - 14—La prostitucion prospera.
 - 15—Ayer se pudrió la carne.
 - 16—El manifiesto de Piérola.
 - 17—La fachada de palacio.
 - 18—El robo de la bodega.
 - 19—El ferrocarril urbano.
 - 20—La falta de la moneda.
- Estos datos que componen
De un cronista, la cartera,
Dan por resultado al día
Una crónica completa.

V. M.

HOJAS DE COCA.

TOMO 2.º

Artículos húmedos.

De venta en la librería de Don Benito Gil, calle de Bodegones.

VERBOS Y GERUNDIOS

POR

RICARDO PALMA.

Edicion de Madrid. —Un tomo.

De venta en la librería de Benito Gil, calle de Bodegones.

Sumario.

El obispo chi cheñó, RICARDO PALMA.—Los escrúpulos de Alicarnaso, RICARDO PALMA.—San Pi Piro, MANUEL A. FUENTES.—Juicio de Trigamia (continuacion).—Cosas de barrio, BENITO NETO.—Diversos pareceres sobre una sola mentira, JULIO L. JAIMES.—¿Cómo se descubrió el café?, MANUEL AURELIO FUENTES.—El barbero, V. MÉRIDA.—KALEIDOSCOPIO.—Los médicos chinos, La fachada, etc., etc.